

## **Encuentro en la calle Montalvo**

- ¿Seguro que no quieres quedarte? -inquirió María.

Gibrán miró a través de la habitación, donde se encontraban sus compañeros de clase de la universidad, ebrios; pronto llegarían a la inconciencia que sigue a una borrachera descomunal. Todo, en honor al tan esperado fin de semestre.

- No, muchas gracias, Mary. Ya nos veremos otro día; recuerda que tú y yo tenemos algo pendiente -dijo al tiempo que le guiñaba un ojo. Ella se sonrojó.

- Está bien. Nos vemos después -hizo una pausa-. Te vas con mucho cuidado.

Gibrán salió del apartamento con una sonrisa victoriosa. Había logrado poner nerviosa a la mujer que, esperaba, pronto se convertiría en su novia. Lo sabía porque, durante esa noche, las miradas entre los dos habían sido una clara muestra de cómo se pueden comunicar las personas sin palabras. El lenguaje de las sonrisas; gran aptitud humana. Quizá visitara a su pretendida al día siguiente, cuando el último borracho se hubiese marchado.

Hacía unos minutos que había caído una tormenta; ahora era una ligera llovizna.

Cruzó la avenida de las Culturas a toda prisa, revisando que no viniera ningún automóvil. Pero, por supuesto, se trataba sólo de un hábito, pues a las once y media de la noche no pasaban demasiados (por no decir ninguno) coches por allí. Era una zona temida por los habitantes de las cercanías.

Se había dicho que iría en taxi, pero al final decidió que no le vendría mal caminar media hora hasta su casa.

Durante los primeros diez minutos del trayecto, Gibrán volteaba atrás a cada momento, para corroborar que no viniera nadie siguiéndolo. Pero, luego de recordar que no llevaba nada de gran valor consigo, se relajó, fijando su mirada al frente.

Pasando por la calle Perseo, miró que dos tipos se acercaban a él, pero los reconoció al instante. Se trataba de Javier y Manuel, dos vecinos de su cuadra que sólo el demonio sabía qué hacían a esa hora por allí. Cuando se detuvo para saludarlos, y percibió su aliento, supo el porqué de su deambular. Estaban buscando una vinatería para poder seguir bebiendo. Hizo frente a ellos la señal de la cruz y les dijo que continuaran. Rieron unos segundos y se despidieron, quedando acordado que la próxima semana habría una reunión en la casa de Manuel. La organizaban para festejar que seguían viviendo. Bueno, ése era el pretexto más válido que podría encontrar alguien para emborracharse, pensaba Gibrán.

Dobló en la calle Montalvo. Era el tramo más desagradable para todo transeúnte. Él había pasado un par de ocasiones por allí, pero no a esa hora y, menos aun, solo. “Muy bien, Gib -se dijo-, no te pongas nervioso; es sólo una calle oscura y muy, muy larga. Pero no más que eso”. Ajá. Claro. Pasaría lo más rápido posible por el largo sendero que se abría ante su vista. No quería ser pillado por nadie en medio de esa penumbra de pesadilla. Trató de tranquilizarse, recordando las incongruentes charlas de sus ebrios compañeros en la fiesta. Sonrió. Estaba logrando su objetivo; el ambiente creado por su mente se tornaba pacífico.

Miró a su alrededor, notando que ya sólo faltaba la mitad del recorrido.

“Menos mal”, pensó.

Luego de unos cuantos segundos, comenzó a sentir que el ambiente cambiaba. Ya no surtían efecto sus pensamientos para reanimarse. Era extraño. No; había algo extraño en el lugar que lo perturbaba. Pero no sabía qué era ese algo. Sólo escuchaba sus propios pasos pisando los charcos en la calle.

Como un aguijonazo, escuchó pasos detrás suyo, alejados. Pero contenían algo de rapidez. Tenía que apresurar la marcha; no fuera que...

\* \* \*

Volvió la mirada hacia atrás.

Nada. Pero su nerviosismo se había acrecentado, la razón que lo acompañaba momentos antes lo abandonó en un instante.

Avanzó deprisa.

De nuevo, oyó los pasos a unos cuarenta metros. El pánico se apoderó de Gibrán; esta vez, la velocidad de la marcha del que venía detrás se tornaba más veloz. Pronto pudo percibir que pasaba, de ser una serie de pasos rápidos, a una carrera.

Volteó. No había nada, ni nadie; eso le produjo una sensación de angustia escalofriante. El sonido se acercaba cada vez más.

Para su horror, pudo escuchar que la carrera a su espalda, que ya se percibía como una persecución, se convertía en un veloz arrastrar de algo. Gibrán se detuvo, aceptando la inminencia de que algo le sucedería; su mente era un constante ir y venir de imágenes frenéticas de..., de todo, menos de algo humano. Lo sabía; los hombres caminan rápido, corren, pero no se arrastran, y menos a esa velocidad. Algo reptaba detrás de él... y no era humano.

Se mantuvo de pie, sin realizar movimiento alguno, esperando que *aquello* que lo perseguía acudiera a su encuentro. No podía hacer nada; la impotencia que lo dominaba se lo impedía. Intentó rezar, pero sus ideas convulsionadas no encajaban. La *cosa* lo interceptaría en cinco segundos... tres... uno...

Giró su cabeza para descubrir la identidad de su macabro perseguidor, y, para su agradable sorpresa, sólo sintió un viento helado golpeándole la espalda. Su cuerpo se estremeció y surgió un suspiro. Nada. Todo había sido parte de una jugarreta de su mente. Volvió la vista al oscuro escenario frontal y...

Palideció al instante.

\* \* \*

Lo que vio parado frente a él lo dejó al borde de la locura. Nunca imaginó encontrarse en una situación similar. Eso sólo lo había escuchado en boca de personas que no entendían que lo sobrenatural no existe. Sin embargo, de ser contrincante de aquella gente supersticiosa, Gibrán ahora se había convertido en parte del grupo. No daba crédito a tal imagen, la cual estaba plagada de demencia.

De pie, a dos metros de distancia había *algo* que tenía aspecto de mujer. Pero Gibrán sabía que ninguna mujer... No; ningún ser humano tiene ese aspecto tan... asqueroso. Repugnante. Aun así, *aquello* tenía forma femenina. Lo miraba directo a los ojos, esbozando una sonrisa lasciva; su piel era un conjunto de escamas putrefactas que, en algunas zonas, parecían poder desprenderse en cualquier momento. Llevaba puesto un vestido rasgado, sucio. El cabello era una masa andrajosa desproporcionadamente larga. Pero su sonrisa era lo más horrible. Era como si estuviera incitándolo a un orgasmo con hedor a carne podrida.

En un ademán veloz, e involuntario, el chico bajó la mirada y vio que la *cosa* tenía pezuñas en lugar de pies. Esto le produjo un nuevo escalofrío. Levantando la vista con rapidez, notó como el horror situado frente a él esbozaba otra sonrisa; ésta aun más aterradora. Era una mueca que iba en contra de las leyes naturales de los rasgos humanos. Gigantesca, horrible; que, en línea curvada, abarcaba gran parte de su rostro.

El chico no supo qué hacer en el segundo que tuvo para realizar algo. La figura se arrojó contra él velozmente, dejando una estela de olor nauseabundo detrás. Lo tomó del hombro. Él, sintiendo como le quemaba la carne aquella mano, dio un paso atrás,

instintivo, despojándose del horror encarnado. Quería correr, gritar, pedir ayuda. Pero no había nadie.

En el momento en que Gibrán se desplazó hacia atrás, la *cosa* bajó la mirada, siempre en silencio. La situación se estaba volviendo más espantosa de lo que ya era en sí.

“Corre, corre”, se repetía una y otra vez, pero sus músculos no respondían.

Se encontraba en estado de shock.

Cuando por fin pudo mover una pierna, y se preparaba para dar la vuelta y correr, la figura hizo otro movimiento: levantó la cabeza espasmódicamente y emitió un horrible alarido. Esto último lo dejó inmóvil de nueva cuenta.

“Aquí acaba todo”, pensó, sintiendo cómo cada parte de su cordura lo abandonaba.

Aquella *cosa*, luego de lanzar el grito, miró a Gibrán a los ojos y, por último, se arrastró hacia atrás, desapareciendo en la oscuridad del lugar, produciendo el mismo sonido reptante que había escuchado él antes de que se le presentara de frente aquel ente.

\* \* \*

Esa noche, al arribar a su hogar, Gibrán tuvo que ingerir una gragea de Clonazepam para poder conciliar el sueño. O, al menos, para tranquilizarse.

\* \* \*

Despertó a las dos de la tarde. Un fuerte dolor le taladraba la cabeza.

A lo contrario de lo que había pensado al ingerir la droga la noche anterior, el recuerdo de lo sucedido no desaparecía en ningún momento. Al contrario, su

conciencia daba vueltas a la situación vertiginosamente.

Salió a las cuatro, luego de ducharse, hacia la casa de Víctor, un amigo de la preparatoria que vivía a cuatro cuadras de allí. Cuando llegó, observó que algunas de sus antiguas amistades se habían reunido.

- Ey, Gib -dijo Daniel-. Ven a sentarte. Estamos viendo una película buenísima.

Gibrán les dijo que en un momento estaría con ellos, que antes tenía que hablar con Víctor, a solas.

- ¿Qué?, ¿no nos tienes confianza a nosotros? -dijo a su vez Armando-. Ya sabes que, si tienes un problema, podemos ayudarte.

- Sí, disculpen. Es que no me siento muy bien.

- Ya, hombre, relájate. Y cuéntanos -insistió Armando viendo a Sergio, quien llegaba del baño.

El recién llegado tomó asiento, mientras que Víctor pausaba la película. Se sentaron alrededor de Gibrán. Éste les comentó acerca de la fiesta de la noche anterior. Los cuatro: Víctor, Armando, Daniel y Sergio, lo escuchaban con total atención.

Todo iba bien en el relato, hasta el momento en que Gibrán comenzó a narrar su experiencia sobrenatural. Les contó todo. Sergio y Armando se lanzaron miradas dubitativas. Y, aunque Daniel y Víctor mantenían una seriedad absoluta, el narrador se dio cuenta de que, en realidad, no le creían ni una sola palabra. Él tenía la culpa; los había acostumbrado a no creer en ese tipo de cosas. No obstante, un sentimiento de decepción lo iba corroyendo mientras seguía con el relato que, por cierto, no llegó a su final, ya que el mismo Gibrán lo interrumpió de tajo.

- Bueno, ¿por qué me ven así? -aventuró-. Estoy diciéndoles la verdad.

- Sí, sí -dijo Víctor-. No te exaltes, amigo. Es sólo que, bueno, sabes que no creemos en esas “experiencias”. Tú mismo lo dices a menudo, ¿no?

- Sí, pero les digo que...

- Ya, ya -interrumpió Sergio-. Sólo tuviste una alucinación. Eso fue todo.

- ¿Cómo es posible que no me crean? Yo no mentiría en esto.

Los cuatro se quedaron observándolo. Sin duda, pensaban que su amigo había perdido la razón, al menos por el momento. Gibrán lo notó y, encolerizado, salió de la casa sin decir palabra alguna. Lo llamaron, pero él ya no respondió.

Eso era todo. Cinco años de amistad yéndose a la mierda.

Resolvió ir a casa de María; estaba desesperado.

Abordó un taxi.

Durante su estancia en la casa de la chica, no pudo estar ni un momento quieto. Iba de aquí para allá, explicándole todo. Por suerte, el último borracho de la noche anterior se había marchado dos horas antes. María lo miraba, preocupada. En ella no vio rastro de duda. Por alguna razón, sabía que en esa calle sí sucedían cosas raras por las noches. Todos evitaban ese lugar a toda costa. Y ésa era la razón por la que le había dicho a Gibrán que se fuera con mucho cuidado.

- Tuve un amigo -dijo repentinamente María-: Saúl. Un día llegó a decirme algo parecido. No le creí. Y, al otro día...

- ¿Qué? -inquirió el chico.

- Nada -respondió con frialdad-. Prométeme que te vas a cuidar, Gib. Por favor.

- ¿Qué le pasó a tu amigo? -su voz sonaba desesperada. Pero María sólo guardó silencio. No lo mortificaría más. Podría ser que no pasara nada esta vez. Quizá esa “mujer” no le hiciera nada a él.

- ¿Te tocó?

- Bueno, me tocó el hombro -dijo mientras halaba la playera en esa parte del cuerpo.

Se heló su sangre al mirar la marca semicircular en su piel. Ella la vio y trató de controlarse. Su semblante palideció, pero mantuvo la mirada fría que se había propuesto.

- No te preocupes -dijo finalmente la chica-. Debiste golpearte.

Aunque la sentencia de su compañera lo calmó un poco, ambos sabían que no se trataba de un golpe. Él lo sentía; no le dolía como un golpe, sino como una quemadura.

Era una marca.

Salió del apartamento de María a eso de las ocho de la noche, dejándola con una sensación de terror. Le prometió cuidarse en extremo.

Y así lo haría, por supuesto.

Al entrar a su apartamento, Gibrán cerró la puerta, dirigiéndose a su habitación. Preocupado, miró por la ventana desde el quinto piso del edificio. Su madre, como casi todas las noches, se encontraba haciendo guardia en el hospital donde trabajaba.

Tuvo que ingerir otra gragea de Clonazepam para aletargarse.

Por fin, cerca de las diez, quedó profundamente dormido.

\* \* \*

Serían las doce y media cuando, en la ventana de su habitación, una sombra femenina se dibujó a través de la cortina, en el exterior.

Se escuchó el rompimiento de un cristal.

Luego, sólo silencio.

\* \* \*

Al día siguiente, la noticia acerca de la muerte de Gibrán Ferrer fue la novedad. El tema de chismes en los alrededores, y en toda la ciudad.

En la comunidad donde radicaba el joven se escuchaban voces que decían que, seguramente, lo había tocado la “loca” de la calle Montalvo. Era una leyenda local, sobre un espíritu demenciado que creía que todos los hombres que pasaban por *su* lugar, tenían que morir, sólo porque, decenios atrás, unos cuantos moradores la habían raptado, violado y asesinado. Se hablaba de demonios y otros seres sobrenaturales. Pero eran sólo creencias populares.

Para las autoridades se trataba de un homicidio perpetrado por un maldito psicópata degenerado, con mucha fuerza.

Por la mañana se podía leer en la *Gaceta de la Ciudad*:

#### MISTERIOSO CRIMEN EN LA ZONA ESMERALDA

Ayer, cerca de la medianoche, se perpetró un crimen en la zona Esmeralda, que deja en entredicho la promesa del jefe de Seguridad Pública de mantener una comunidad estable, libre de criminales.

El joven Gibrán Ferrer fue asesinado mientras se encontraba en su dormitorio. Los vecinos del lugar declaran haber escuchado el rompimiento de un cristal. Pero no oyeron nada más, por lo que se presume que el crimen fue llevado a cabo por un asesino que, según el jefe de la policía, Gabriel Alba, “cuenta con una fuerza increíble. Un psicópata con mayúsculas”. El cuerpo fue hallado por la madre del joven, prácticamente destrozado, a causa de una especie de constricción, no explicada aún por las autoridades, y en una posición imposible de lograrse en un cuerpo humano.

La policía, dice Gabriel Alba, continuará con las averiguaciones correspondientes.

(sigue en la página 43)

María sabía que iba a suceder eso, aunque deseó que sólo fuera una creencia errónea. No se podía hacer nada al respecto; la “loca” lo había marcado en el hombro, para luego encontrarlo y... *vengarse*.

Gibrán simplemente fue víctima de algo que no acontecía hace ya varios años.

Un encuentro en la calle Montalvo.